



SANTOS



Nació el 17/Octubre/1500, en Oropesa, donde su padre, Hernando de Orozco, era gobernador del castillo. Su infancia la compartió, también, con Talavera, donde fue monaguillo en “La Colegial”, y a punto estuvo de ahogarse en el Tajo, si un joven “providencial” no se hubiera tirado a salvarle; y con Toledo, donde fue “seise” en la catedral, y donde aprendió los primeros “acordes” musicales, que tanto le servirían en su vida futura.

¿Su nombre? Según él mismo cuenta en su libro de las “Confesiones” (con el que trató de imitar a su maestro y fundador, S. Agustín), comenta que su madre, María de Mena, le contó que, “estando en período de su gestación”, tuvo una manifestación de La Virgen para que eligiera este nombre, en honor a S. Ildefonso de Toledo y para que, a imitación suya, fuera su “capellán”.

Su juventud la pasa en Salamanca, ciudad a la que había acudido, siguiendo los pasos de su hermano, Francisco, para estudiar “leyes”. Allí queda “atraído” por los agustinos. En su convento de S. Agustín, brilla con todo esplendor su espiritualidad, sin duda, por la fuerza y santidad de sus moradores recientes o de los que encontró a su llegada: S. Juan de Sahún; Sto. Tomás de Villanueva, prior y ante quien hizo su primera profesión de votos; el venerable Luis de Montoya, su maestro de novicios y reformador de la Orden en Portugal, y paisano de Fray Luis de León, que con el tiempo también ingresaría en él, y su connovicio, Fray Agustín de Coruña, decidido defensor de los indios en América.

Pasado su período de formación y ordenado sacerdote, no tardó en ocupar puestos de responsabilidad, siendo prior de varios conventos: Medina, Soria, Sevilla, Granada, vuelta a Sevilla y Valladolid. Es aquí, donde la hija de Carlos V, Dña. Juana le elige como predicador, cargo que ratificará su padre y después Felipe II, llevándole a Madrid, 1561, cuando el cambio de la capitalidad. Entretanto, había tenido ya una “revelación” de la Virgen, en Sevilla: “¡escribel!”; e intentado embarcarse en la primera expedición de misioneros agustinos para América, a donde iba iba bien dispuesto con su “cruz”, una gota artrítica “providencial”, le devuelve a la península desde Canarias.

Su presencia en Madrid, le convierte en un “fenómeno social”: los miembros de la familia real, los nobles y el pueblo llano le comienza a llamar “El santo de S. Felipe”, el convento agustino en el que pasó la mayor parte de su tiempo. (En la c/ Mayor, 1, junto a la Puerta del Sol, aún se pueden ver algunas columnas, dentro de un salón de juegos, y una placa que lo recuerda).

En Madrid, explotó toda “su santidad”. Su dimensión apostólica, de predicador, visitador de enfermos y presos, y de confesor con especiales dones para leer el corazón; su actitud caritativa, atendiendo también con singular dulzura y con parte de sus “gajes” reales a los pobres que reclamaban su ayuda; su faceta carismática de fundador de conventos (de agustinas: Magdalena y Sta. Isabel en Madrid y S. Ildefonso en Talavera de la Reina; de agustinos:

SAN ALONSO DE OROZCO

19 de septiembre.



S. Agustín en Talavera, y el convento-colegio de D^{ña}. María de Aragón, actual senado); de escritor ascético-místico que, con sencillez y con decisión se adelanta y adentra en la introducción de nuestra lengua, para orientar a nobles y a todo cristiano (Vergel de oración y Monte de contemplación, Desposorio espiritual, Arte de amar a Dios y al prójimo, De la corona de Nuestra Señora... y sus Confesiones); sus dones taumatúrgicos (resurrección de una niña, que después entraría -condición pedida a sus padres- de religiosa en su convento de Talavera; y toda clase de curaciones (para lo cual leía los evangelios y echaba su bendición), embarazos y buenos partos, con el uso “prodigioso” de su correa; predicciones de sucesos que se referían a las personas que le habían orado por ellas...); de religioso ejemplar, que buscaba siempre la habitación más humilde y para estar cerca de los pobres que llamaban a las puertas del convento, y su siempre fiel presencia en el coro para orar; su amor por María, marcado ya desde el ofrecimiento de su madre, que se traducía en sus oraciones, predicaciones, composiciones musicales para ella, que los sábados se podían oír mientras las interpretaba en el coro al compás del clavicordio, y esa fidelidad a su mandato: “¡escribe!”...



Tampoco, su deseo de retirarse a un convento de oración y contemplación en El Risco (Ávila), alejado de la corte, encontró el beneplácito de Felipe II, que no quería prescindir de sus consejos y testimonio vivo junto a él y en la corte.

Sin duda, las misiones y la soledad orante perdieron a un “candidato” extraordinario, pero Madrid y todas sus gentes ganaron a un “santo” de carne y hueso.

Es clásica, en su iconografía, su imagen con la cruz (la del misionero, que no abandonaría de su lado, y por su amor a la pasión de NSJ.), y con el libro de escritor.

Una peregrinación espiritual: nos podría llevar, en primer lugar, a Roma, para su canonización; pero también, al convento de las MM. Agustinas (c/ La Granja, 1), donde se conservan sus restos, y su “famosa” correa y sandalias; a su pueblo de Oropesa, donde se conserva su casa y la pila bautismal y una reliquia en la parroquia; a la parroquia en Talavera que lleva su nombre, erigida por D. Marcelo, Cardenal emérito, como homenaje con ocasión del “IV Centenario de su muerte”, en 1991, donde también se conserva una reliquia suya; a los conventos femeninos que él fundara, y que mantienen vivo su espíritu; a los de los agustinos, hoy transformados en “museo” el de Talavera y en Senado, el de Madrid...

Cuando murió, el 19 de Septiembre de 1591 (el día de su fiesta litúrgica), todo el pueblo de Madrid, se volcó en acudir a “venerar” sus restos que, ya desde aquellos mismos momentos, produjeron todo tipo de “signos” prodigiosos, como atestiguaron unos pocos años después los testigos que acudieron al iniciarse el primer proceso para su santificación...

El primer año de su celebración solemne en nuestra parroquia, como patrono nuestro, presenté a todos la “idea” de solicitar a D. Marcelo que hiciera las oportunas diligencias para pedir a la Conferencia Episcopal el considerar su fiesta, al menos, como “memoria libre” para nuestra Diócesis de Toledo. No tardó en conseguirlo. Ahora, ya, toda la Iglesia lo tiene en su “calendario” universal y podrá celebrarlo...

Los actos “penúltimos” de su celebración, se remontan al Congreso, preparado por “la Comisión”, creada para el mismo, que se iniciaron con la celebración solemne en la Almudena, con ocasión de la primera celebración de su Fiesta litúrgica como Santo, presidida por el Sr. Cardenal de Madrid, D. Antonio M^{re} Rouco, acompañado de dos obispos, y concelebrada por muchísimos agustinos, a la cabeza de los cuales estaba el P. General, Robert Prevost, y los distintos provinciales OSA y OAR; y que quedó inmortalizado con la donación por FAE. de un cuadro, situado junto a la puerta de la sacristía: su figura queda enmarcada en el centro, rodeado de dos grupos, pobres y nobleza, y por la zona superior aparecen la Virgen a un lado y ángeles al otro, y una silueta del Senado. Al día siguiente se inauguró el Congreso “en su honor”, que concluiría en

SAN ALONSO DE OROZCO
19 de septiembre.



Oropesa, el domingo 22... Por otro lado, es oportuno informar también de que ha aparecido ya el primer volumen de sus obras completas en la BAC Mayor



En su pueblo, siempre se le llamó el “Santo Orozco”, aunque su beatificación tardara en llegar (15/I/1882, con León XIII; y Juan Pablo II aprobó el decreto de su canonización el 24/V/2001); pero su nombre “el beato” siempre hizo fortuna, muy especialmente en su parroquia... ¡Por fin, llegó el gran día de su Canonización!

Pentecostés, fiesta de la Iglesia y del Espíritu Santo, del apostolado y de la santidad, lo proclamó a los cuatro vientos, desde Roma... ¡Es nuestro ÚLTIMO Santo, pero sólo en ser canonizado, que merece la pena descubrirlo y conocerlo!

¡S. Alonso de Orozco, ruega por nosotros!

P. Jesús A. López Gracia, osa.

Párroco del “San Alonso de Orozco”, Talavera